

LA TARÁNTULA.

¿Los antiguos desfloraron de tal manera los asuntos dramáticos, que no hayan dejado á los modernos campo donde lozanean los buenos ingenios?

ARTÍCULO PRIMERO.



Los recursos del humano ingenio son inmensos, como lo es la naturaleza, fuente perenal de la verdad y belleza.

(«Lo vero é lo bello una cosa son» dijo en sus *Trovas* el famoso Infante D. Pedro de Portugal.)

Toda accion figurada que se represente á los ojos del hombre racional, y, suspendiendo sus sentidos y potencias, le recrea y embebece, es buen argumento para un drama. Los sentidos empeñados son los ojos y los oidos; los ojos ante todo: por esto se dicen por excelencia *espectáculos* (de *SPICERE*, —mirar) las representaciones dramáticas.

El oído se suspende con sonidos articulados y no articulados. En este segundo caso la mágica de la suspension está en los tonos: secreto que ejerce en nosotros la música, en virtud de cierta simpática correspondencia que la armonía y la melodía dicen allá en lo íntimo del alma con las cuerdas del corazón. Este idioma patético de inspiracion y afecto nos habla las modulaciones de la voz humana y de las voces instrumentales.—Del otro lenguaje mas distinto, si no tan enérgico, son órgano las palabras, enunciativas de nuestros pensamientos y afectos. A los ojos hablan los objetos visibles que presenta el grande espectáculo de la naturaleza en su juego continuo de accion y reaccion con el hombre, sin cuya accion ó pasion no hay drama. El hombre es el centro del gran teatro del universo: todo, pues, en la naturaleza, real y figurada, es por y para el hombre.

Esta generalidad de principios, que hace compatibles con la racionalidad todo género de espectáculos, cortando la contienda entre *clásicos y románticos*, abraza desde el entremés á la tragedia, de la pantomima á la zarzuela, de la comedia terenciana á la de capa y espada, de la sentimental á la de tramoya, etc.; todo cuanto en las tablas pueda causar deleite regalando el oído ú la vista con visualidades vistosas como en las comedias de apariencia, ó con expresivos ademanes como en las escenas mudas del baile pantomímico, ó cautivando el corazón y el alma con la accion y la palabra como en las piezas de parlado, ó el oído vista y todo como en la ópera, bufa ó seria.

En todos estos linajes de espectáculo se retrata siempre al hombre, ya cual es, ya cual fué, y siempre cual debe ser. La pintura de

NÚM. 3.º DOMINGO 10 DE ABRIL DE 1842.

solo el hombre ofrece mas variedades que la de todas las criaturas vivientes del universo, segun es de indefinida la forma y manera de su vida y costumbres, al tenor de los tiempos y de los climas diversos en que vive el hombre. En efecto, el hombre solo, en sí y por sí, presenta cifrado en él un extraño fenómeno moral que parece contradictorio: la variedad en la mismidad.

El hombre siempre es el mismo, y siempre es diferente. En los demas animales un individuo pinta la especie: su sistema físico, moral y político es siempre el mismo: la golondrina fabrica hoy su nido como lo fabricaba seis mil años ha: el ruiseñor no ha añadido un solo punto á la solfa que gorgoea con su canoro pico: la decantada república de las abejas se rige ahora por las mismas idénticas leyes que se gobernaba en los mas remotos siglos, sin diferencia alguna de lugar, como ni de tiempo: las mismas son en Híbla que en la Alcarria.

Pero en el hombre no parece sino que cada individuo constituye por sí especie aparte; é inducen tal variedad en el sistema de sus acciones el influjo distinto del clima, del temperamento y la opinion, que se desemejan tanto unos de otros los individuos de la especie humana criados en diferentes épocas y regiones, como se diferencian entre sí las especies de animales mas diversas y contrarias. Esto está en la intrínseca naturaleza del hombre y la de los demas animales. Encerrados los brutos en un círculo estrecho de necesidades que limita sus acciones á sus necesidades precisas, y paralelas siempre estas con los medios de satisfacerlas; y vagante el hombre en una esfera ilimitada de necesidades físicas y morales, que tiene potencia para crearse, sin tenerla siempre de encontrar modos adecuados á su satisfaccion,—el hombre moral que retrata la comedia es el cuadro de mas difícil y complicada composicion.

Y aunque sea cierto que haya un número determinado de vicios y virtudes, hay tantos modos de ser el hombre virtuoso y vicioso, y hay por otra parte tantas acciones de medio término entre la virtud ó el vicio, pero que dando juego á nuestras acciones preparan los varios casos de la fortuna, cuyos trances á la vez que bastan para empuñar nuestra curiosidad, dan asunto á fábulas dramáticas, capaces de tenernos entretenidos y suspensos; que estos mismos modos de ser el hombre bueno ó malo con tal ó tal género de virtud ó de vicio, discreto ú necio con este ó aquel linaje de discrecion ó necedad que le haga ridículo ó apreciable entre las gentes, feliz ó infeliz á nuestros ojos,—abren ya un vasto campo al ingenio para fantasear el retrato de cualquiera de las virtudes ó de los vicios capitales, y de los aciertos y las extravagancias humanas con peregrina novedad. Novedad, sí:

«donde hay alma nunca faltan
novedades que gustar»

dijo el gran Lope. El ingenio todo lo hace nuevo: los ingeniosos labran oro. El oro nunca es viejo: el fuego del ingenio le funde en su crisol, de donde sale mas cendrado y resplandeciente.

La mayor dificultad y lo que engendra tambien mas variedad en el

arte de remedar en la escena las acciones morales (ó digamos pintar las costumbres), consiste á mi ver en el toque feliz de lo real y de lo ideal, que forma el primor y esencia de las artes de imitacion. Aun cuando el teatro no retratara sino individuos, tendria ya hartó en que ejercitar variamente el pincel, segun son varios los modos de ver de los hombres. Una misma figura de academia, conforme el punto diverso de vista que se toma, hace diferente el retrato. Si agregamos á esta diferencia la diferencia de mano y colorido, aun cuando saquen por distintas varios retratos (todos de frente ó todos de perfil); de un mismo original podemos obtener retratos diferentes, apreciables todos, y todos francos é independientes unos de otros.

Mas si á la imitacion de las realidades combinadas, que presentan cuadro hecho, se añade el trabajo de composicion que resulta de la combinacion de las formas reales, recogidas de muchos entes físicos, en un sugeto ideal; ¡qué dificultad, y qué variedad tambien tan prodigiosa! Esta es la que se ve vencida en el modelo de la belleza ideal que ofrece á nuestra admiracion la Vénus de Florencia.

ROMANCE.

Flor hermosa, flor hermosa,
Pura y fresca como el alba
No desprecies ese arroyo
En que tu tallo se baña.

No al mirarte con las perlas
Del rocío engalanada,
Rubor tengas de que bese
Tan limpio cristal tu planta.

Que ese arroyo, flor hermosa,
Serpeando entre esmeraldas,
Es la imágen de la vida
Que así corre y así pasa.

Por eso miran mis ojos
Buscando de ciencia varia
Las lecciones saludables
En el fondo de sus aguas.

Que ¡ay del loco que atrevido
Despreciando, flor gallarda,
Lo que juzga pobre y débil
A los cielos se levanta!

¡Ay de aquel que mira solo
Exteriores que le engañan
Y no aprecia las virtudes

Que guarda en su centro al alma!
¡Ay del que deja crecer
Del necio orgullo las alas,
Que el sol con su viva lumbre
Tarde ó pronto las abrasa!

Escucha pues, flor hermosa;
No desoigas mis palabras,
Y aprecia mas ese arroyo
En que tu tallo se baña.

Que ese arroyo cristalino
Que humilde besa tu planta,
Es la imágen de la vida
Que así corre y así pasa.

ESTOY CANSADO.



Este epígrafe no quiere decir que yo esté cansado de vuestros favores; quizá me haya cansado de exigirlos de vosotros á quienes he visto constantemente tan amables, tan finos conmigo. Disimuladme este rato de mal humor, en gracia de los que me habeis visto de bueno, y tolerémonos unos á otros si nuestra sociedad ha de ser agradable.

Hay momentos en la vida en los que no se quisiera vivir; hay horas fatales en que nada queremos, nada deseamos; en ciertos dias el genio del mal parece que nos domina y aborrecemos hasta la existencia. Pero lo particular está en que este fastidio, inherente á la especie humana, acomete lo mismo al favorecido por la fortuna, que al que se vé abandonado de ella. El hombre que ha adquirido un puesto distinguido en la sociedad, que tiene bienes con que satisfacer sus necesidades físicas, que goza de esa aureola vana, si se quiere, pero que satisface nuestra mezquina ambicion; que por otra parte goza salud, vive en la abundancia y no exige del mundo sino lo que él le da, esto es fingimiento, este hombre debía ser feliz, y sin embargo no lo es. Acercaos bien, entrad en su gabinete secreto y en el de su corazon, y le oireis decir: *Estoy cansado*.

Esa mujer que veis tan elegante, bella como un ensueño de amor, dichosa á vuestros ojos porque tiene satisfechos los caprichos de su cuerpo y de su corazon, porque no hay un dia en que no le digan ¡hermosa!, porque en la calle y en su casa todos admiran su elegancia y su belleza, esa mujer, de seguro, no está contenta. Hay una cosa que le falta, y otras que le sobran: allá en lo íntimo de sus creencias, lejos del mundo y de los hombres que engaña, ella dice amarguísima-

mente: *Estoy cansada*. Y lo está, no hay remedio; en vano se atavía día y noche para entretenerse con sus galas y sus amantes, como el niño con los juguetes; en vano pide á la sociedad lo que ella no le dará; inutilmente quiere buscar lejos de ella lo que está en sí misma: ha dicho y dirá toda su vida: *Estoy cansada*.

Este militar coronado de gloria y de laureles, ha entrado en cien batallas, menos crueles ciertamente que la que tiene en su corazón. El peso de sus adornos, condecoraciones y cruces le abrumba á pesar suyo. Pregunta á todas horas donde está lo que buscaba, y le responden: en tu corazón. ¿Hay algo mas allá de la gloria, dice, de los laureles y de los combates? ¿Porqué he peleado tanto? ¿porqué me he cansado tantas veces? Para cansarte siempre. No puede mas; miradle triste, recordando sus días de gloria, sus tiendas de campaña, sus camaradas, su alegría, y decir con melancolía reconcentrada: *Estoy cansado*. No lo dijo nunca en el campo de batalla; en el campo de batalla, que es una cosa que no deja ver sino la gloria; y mas tarde cuando lo tuvo todo, dice constantemente: *Estoy cansado*.

El jóven de veinte años, que todavía no ha visto siquiera el mediodía de su vida, y que no ha podido vislumbrar los sinsabores que le esperan en el poniente de sus años; que no debía respirar sino contento, vida y amor, se cansa de gozar, se cansa de tanta vida, no goza ni de los bienes de la naturaleza, ni de los que le da ese cariño indefinible é inmenso de sus padres; un instinto secreto le abrumba; porque una mujer le prometió amor y le dió desengaños, se marchita como flor temprana á quien ha abrasado una helada tardía. Cifrando toda su dicha en el amor, ha creído que el sentimiento que le inspira debía inspirar igualmente á cuanto le rodea. No llores tan pronto, día vendrá en que tengas que llorar males reales, habrás perdido tus padres, no verás amor ni en tu corazón ni en el de los demas, te faltará la salud, tendrás que mentir á una sociedad mentirosa para que crean que dices verdad. El, sin embargo, metido en su cuarto, solo, se abandona á su dolor, no ve en el mundo sino una mujer ingrata, no quiere vivir, y dice: *Estoy cansado*. Solo la sociedad no se cansa nunca de sus injusticias; es una especie de Sibarita que se saborea con los manjares amargos que nos da; mientras nos ve llorar, ella rie, y se goza oyendo al jóven gritar: *Estoy cansado*.

La mujer que cree y espera otra vida, se postra ante el altar sagrado llena de divina unción, se dirige al cielo, y dice: Dios mio! yo padezco, sufro y espero, llevadme de ésta vida, donde no hago mas que llorar, á reir siempre á vuestro lado.... *Estoy cansada*.

Esa madre que no ha vivido mas que para sus hijos, á ellos ha dedicado su corazón, su alma y su cuerpo; pero á quien hijos ingratos no dan al cabo mas que sinsabores, oireis decir llena de dolor: *Estoy cansada*.

Yo he visto al sabio, postrado en su lecho, pedir como único bien una hora de sueño. Para él los arcanos de la naturaleza y de la sociedad eran verdades conocidas, y agobiado del peso de sus males, sin que fuese bastante á moderarlos ese ojo penetrante como el de la

providencia, me decia: No puedo mas; *Estoy cansado*.

El literato ávido siempre de letras y saber, quiere aprender mas y mas, porque ignora siempre: sufre las penalidades del estudio y de los hombres, ve agotados temprano su espíritu y su cuerpo, y como arrastrado, á su pesar, exclama: *Estoy cansado*.

El actor, que en el teatro consiguió triunfos y laureles, pero que un día la naturaleza y los hombres le abandonaron, dice tambien con amargura: *Estoy cansado*.

El escritor mismo, que se deleita en tirar chispas de luz que, ó no quieren recoger ó no saben apreciar, dice mas tarde ó mas temprano, tirando la pluma: *Estoy cansado*.

Yo mismo quizá os habré cansado ya con mi artículo, y, aunque no lo esté, habré de decir tambien: *Estoy cansado*.

UNA CANTATRIZ.



e oido á algunas cantatrices describir las emociones que han sentido al cantar la parte de Desdémona en el Otelo, emociones inspiradas por la filosofía del poeta, y por las sublimes armonias del gran compositor de la Semiramis y de Guillermo Tell; pero por mas profundas que ellas sean, nunca pueden compararse con las de la hermosa Catinca la última noche que ejecutó aquel doloroso papel en la ópera italiana de París. Seguramente existia en su corazon un manantial de amargura y de dolor que causaba la palidez y agitacion convulsiva de su bello rostro y de su torneado cuello, al terminar la desesperada escena en que sus lágrimas y juramentos no pueden libertar su inocente pecho del frenético puñal del africano.

Cuando el telon cayó extendiendo como las alas de la muerte su negra sombra sobre el lecho fúnebre donde yacia Desdémona asesinada, la infeliz Catinca permaneció en él inmóvil y fria como si realmente la sangre que manchaba su túnica, hubiera salido de su corazon: estaba desmayada. En aquel estado la encontró el conde Arnold, y la condujo en sus brazos á un aposento inmediato; donde le procuró cariñosamente los medios de volverla á la vida. Algunos momentos estuvo la desgraciada sumergida en aquel letargo mortal, yerta, con los cabellos esparcidos y los ojos amortiguados, semejante á la blanca estatua de una tumba. Por fin, un suspiro agitó dulcemente su pecho, sus

párpados se levantaron poco á poco, y sus vagas miradas fueron á fijarse con lentitud en los ávidos y enternecidos ojos de su amante.

—Ay de mí! exclamó dolorosamente, todavía no has partido Arnold?

—No he tenido valor, contestó el conde con voz balbuciente.

—Y yo! lo tendré yo para una segunda separacion? dijo ella sin creer que salian de sus labios estas palabras que pronunciaba dentro de su corazon.

—Tú me amas Catinka, si, tu me amas, prorumpió Arnold bañando con sus lágrimas la mano de su amante, ¿porque hemos de separarnos?

—Por ventura han desaparecido los motivos que ayer me imponian este sacrificio? contestó ella tristemente.

—Y quien puede imponernos ese sacrificio que es el de nuestra felicidad? de nuestra existencia? Sí, porque ahora la separacion es la muerte.

—Mira Arnold, yo estoy muy débil y abatida para sostener esta conversacion: no quieras que agote las pocas fuerzas que me restan en luchar contra mi propio corazon: á Dios.

—No, yo no te dejo mientras no me prometas volverme á ver.

—Es imposible, aquí en el teatro todo el mundo nos observa, si vas á mi casa me calumniarán, por Dios Arnold, sé generoso.

—Pues bien, exclamó el conde, ni aquí ni en tu casa. Mañana es el gran concierto que da Mr. *** en su quinta cerca de Versailles: tu irás á cantar y allí hallaremos un momento oportuno.

—Iré, Arnold, iré; y allí sabrás las circunstancias que rodean mi existencia y que me separan de ti.

Y como el conde á estas palabras bajase el rostro para ocultar una repentina mutacion de su semblante,

—Ya lo veis señor conde, añadió ella con los ojos bañados en llanto, una sola palabra ha bastado para arrojar la duda y quizá el desprecio en vuestro corazon: sin embargo suspended vuestras conjeturas, porque ni una sola falta, ni un solo remordimiento manchan la vida de esta desgraciada.

El conde cayó de rodillas á los piés de Catinka implorando su perdon, y ella tendiéndole la mano le dijo con dulzura.—Hasta mañana Arnold.

Jamas se ha visto un fausto mas resplandeciente que el que se ostentaba la noche señalada para el concierto en la casa de campo de Mr. *** Tres teatros se levantaban al frente y ambos

lados del lugar destinado al auditorio. El primero para los cantores de la ópera italiana, otro para la Vaudeville y el tercero para las Variedades. Además se hallaba todo rodeado de magníficos preparativos para fuegos artificiales, é iluminado con luces fosfóricas, transparentes y de mil colores, que cautivaban la imaginación dando al bosque y á los jardines el mágico aspecto de esos paisajes encantados que solemos ver en fortunados sueños, y que el corazon desvelado no podia menos de considerar con desconfianza.

A una señal del dueño comenzó el concierto, y un murmullo de admiración general dió á conocer que Catinka estaba ya en la escena: jamás se había visto tan hermosa: una sonrisa celestial entreabría sus labios de carmin, y nada revelaba en sus rasgados ojos las amargas lágrimas que habían vertido la pasada noche. Ya se adelantaba hácia el público con serena planta y erguido su noble y esbelto talle, cuando arrojando una mirada sobre el auditorio, se le vió de repente palidecer, temblar y hasta buscar un apoyo donde sujetar su cuerpo casi exánime. Sin embargo, reponiéndose poco á poco, y sin apartar la vista de aquel lugar que había llamado su atención, comenzó el aria de su ópera favorita, *Otelo*. «*Si padre m'abandonna*.» Pero cual sería la sorpresa é indignación de los concurrentes al ver en lo mas interesante de la canturía descorrerse los telones de los otros dos teatros y estallar los fuegos artificiales, dirigiendo sus tiros á la iluminación, y mezclando un estruendo espantoso á las farsas, y alaridos que salían de los diversos escenarios! Todos se levantaron en el mayor desórden y buscaban al autor de aquella infame trama, cuando para hacer mas horrible la confusión, se abrieron y desorganizaron las tablas que sostenían el piso, sumergiendo la concurrencia y desplomando todo lo que formaba aquel cuadro tan encantador, que bien pronto no fué mas que un caos oscuro y tenebroso, y en cuyas ruinas se levantaba la figura abominable de un hombre, que semejante á satanas en medio de la desesperación de los condenados, soltaba horribles carcajadas contemplando su obra con ojos desencajados y una infernal alegría en todo su rostro.

Al primer grito de dolor, en el primer instante de peligro Catinka fué conducida como por encanto hasta un coche que tomó en el momento el camino de París. A su lado estaba el conde Arnold procurando tranquilizarla del sobresalto que se había apoderado de todos sus miembros; pero ella con voz balbuciente y temblando de terror repetía á cada paso.

— ¡El es, él es!

— ¿Quién? preguntaba el conde sorprendido.

—El es, él es Arnold! Guárdate de ver á ese hombre!

—Pero quien es? Catinka mia, que hombre es ese?

—Por Dios Arnold, no vuelvas á verlo! Su presencia es un presagio funesto: la fatalidad y la desgracia le acompañan por todas partes, huye de él si no quieres ser presa de la desesperacion!

El conde tomó el partido de callar, esperando que calmase la agitacion de Catinka, y suponiéndola acometida en aquel instante de algun delirio causado por la sorpresa; pero ella continuó con acento tranquilo y doloroso.

—Arnold, yo te habia prometido revelarte la historia de mi vida ¡ay de mí! la vista de ese hombre y los fatales acontecimientos que acabamos de presenciar, pueden servir de introduccion á la confidencia que te voy á hacer, óyeme bien.

« Con justa razon se alaban las grandes acciones militares de los oficiales de Napoleon; pero esos mismos hombres nobles y valientes en los campos de batalla, eran despues con mucha frecuencia soldados vulgares sin piedad, sin respeto por nada, y hasta sin agradecimiento por los beneficios que recibian. Hace 28 años que recorrían la Alemania los ejércitos franceses, y que despues de una accion, quedó uno de esos militares de distincion gravemente herido á corta distancia de un castillo que ellos mismos acababan de saquear: el anciano dueño de aquellas ruinas lo recogió, y conduciéndolo á su mejor habitacion le prodigó cuantos cuidados fueron precisos para sanarlo y restablecerlo de su triste situacion.....

El convaleciente pagó su deuda seduciendo á la hija única de aquel á quien debia la vida. El viejo quiso vengar su honor ultrajado, pero la jóven interponiéndose entre su padre y el que llamaba su marido suplicó y alcanzó el título de esposa.

—Sea, contestó el anciano resignado, y quiera Dios que eso mismo no te sirva de castigo.

El seductor consintió en todo, porque la hija tenia cien mil francos que su madre le habia dejado, y despues de la boda marchó con su mujer á Paris. ¡Ay de mí! La prediccion del anciano se realizó demasiado pronto.

Habituado á la prodigalidad y al desórden de la vida militar, el oficial cuya herida le obligó á dejar el servicio, se entregó en Paris á la disipacion y á los vicios, sin hacer caso de la mujer que todo lo habia sacrificado por él; ni de una hija fruto de su matrimonio, y condenada desde la cuna al martirio y abandono: el juego absorbió todos los recursos de la desventurada familia, precipitándolo á él mismo á recurrir al suicidio como único medio de huir de la desgracia que habia causado.

Extranjera, sin proteccion ni consuelo en su miseria, la santa mujer luchó largo tiempo contra la adversidad, aceptando la pobreza y el trabajo como una justa expiacion de su error: educó su hija piadosamente y fué un modelo de resignacion durante su vida. Ah! que dolorosa desesperacion no debió amargar sus últimos momentos al considerar que iba á dejar aquella pobre huérfana sin guia ni apoyo en la tierra!

Una mañana la hija vestida de duelo, y con el rostro anegado en llanto atravesaba las calles de Paris para ir al arrabal donde vivia, cuando un soberbio carruaje se detuvo delante de ella: el hombre que iba dentro mandó abrir la puertecilla, y llamando á la jóven le dijo con voz imperiosa.

—¿De donde vienes?

—Del cementerio, señor, donde he estado rezando sobre la tumba de mi madre.

—Tu padre ha muerto tambien?

—Soy huérfana, señor.

—¿Vives con algunos parientes?

—Mi madre era alemana y no conozco á nadie en Paris.

—Pues sube en mi coche.

La jóven dudó en obedecer; pero á una orden del dueño los lacayos la tomaron por los brazos; y la introdujeron en el carruaje que emprendió de nuevo su carrera. Mientras duró la travesía, ni una palabra tuvo lugar entre la jóven que estaba poseida de terror y el hombre que la contemplaba con una sonrisa de triunfo. A alguna distancia de Paris se detuvo el coche á la puerta de un magnífico palacio rodeado de enrejados y jardines: el viejo tomó de la mano á la jóven, y conduciéndola por muchas habitaciones, la llevó á una sala donde la presentó á una mujer diciéndole.

—Aquí teneis vuestra nueva dueña; y vos ved esta casa como vuestra, añadió á la huérfana que no acertaba á levantar sus ojos.

Considera Arnold, prosiguió Catinka, cual sería mi vergüenza y mi indignacion, porque esa jóven era yo, al recobrar mi razon casi enajenada por sucesos tan inesperados y reconocer las intenciones de aquel infame, que así se gozaba en jugar con mi inocencia y sencillez.

Tres dias pasó frente á frente con mi raptor luchando contra la seduccion y pasando las noches entre la oracion y el llanto para fertificar mi espiritu y conservar mi virtud, único tesoro que en el mundo poseia. Al cabo de este tiempo el dueño de la casa recibió cartas en que lo llamaban á Paris, y tuvo que marchar dejándome al cuidado de la mujer indicada con recomen-

dacion de asistirme como á su propia persona y de no permitirme salir ni tratar con nadie. Cuatro años duró aquella ausencia que segun los sirvientes de la casa era un destierro á que habian condenado á su señor, por no se que circunstancias políticas.

Durante este periodo la mujer, que se habia compadecido de mis desgracias y cobrádome una afiecion de madre, me procuró toda clase de distracciones y comodidades : llevando su bondad hasta el extremo de ponerme un maestro de música y de hacerme regalos de valor. Pero , triste de mí ! mi destino no estaba todavía cumplido.

El dueño volvió cuando menos se le esperaba; y no solamente desaprobó mi educacion, sino que tomó de nuevo su infame resolucion de perderme. De nuevo empezaron mis sufrimientos, hasta que un dia, cansado seguramente de sus inútiles esfuerzos, me dijo con un tono de dulzura engañador:

—Quiero verte vestida lo mismo que el dia que volvias del cementerio.

Fué forzoso obedecer; y poniéndome mi traje de luto me presenté á él : entonces me hizo subir en el mismo coche y marchó conmigo hácia Paris. Llegados á la misma calle donde lo vi por primera vez mandó abrir la puertecilla, me ordenó que bajase, y el carruaje desapareció á escape, dejándome allí, sola, aturdida y abandonada sin saber que partido tomar.

Cual seria mi desesperacion, Arnold, al hallarme en un instante arrojada en un mundo que no conocia, sin dinero, sin asilo y sin esperanza ! Cuando volví de mi primera turbacion me acordé de la casa en que habia vivido mi madre, busqué un carruaje de alquiler y me hice conducir á ella ; estaba cerrada ! entonces que resolver ? Todo lo que podia hacer era llorar, lloré, pero no bastaban lágrimas, era necesario tomar una determinacion cualquiera para refugiarme en alguna parte, ah ! cuanto sufrí en aquellas cortas horas ! El cochero me exigia el precio de la conduccion, y yo no tenia dinero que darle, entonces él mismo me quitó de las orejas un par de pendientes con que se pagó.

En estaagonia pasé muchas horas vagando por las calles, con el corazon destrozado, invocando el nombre de mi madre, y derramando raudales de lágrimas de que nadie se cuidaba á mi rededor. Cuando la noche se aproximaba, y la necesidad y el cansancio se apoderaban de todo mi cuerpo, eché de ver que llevaba al cuello un reloj de oro que me habia regalado la buena mujer á quien habia estado confiada. Inmediatamente resolví venderlo, y entré en una tienda de joyas, cuyo dueño me ofreció sesenta francos por él: yo no dudé un momento porque no

conocía el valor de la prenda, y el mercader encargó á su mujer que me pagase mientras él salía á la calle; pero muy pronto lo vi volver acompañado de otros, y no solamente me despojaron del dinero y del reloj, sino que me intimaron la órden de seguirlos: ¡eran agentes de policia! ¿Comprendes Arnold? yo presa por ladrona! me condujeron á la cárcel y me arrojaron en medio de una multitud de mujeres infames y perdidas. Este fué el primer eslabon de la cadena de sufrimientos que me esperaban, de mi deshonor y vergüenza: sí, porque el tribunal no llegó á convencerse nunca de mi inocencia: yó tampoco sabia defenderla sino con mis lágrimas, que ninguna compasion inspiraban á aquellas almas empedernidas y acostumbres á ver siempre un delito. Por fin, despues de muchos meses de prision, y viéndose que nadie reclamaba el objeto que se suponía robado, me pusieron en libertad, sin olvidar las injuriosas reconvencciones que dirigen á las mujeres deshonradas los jueces y dependientes de los tribunales.

No esperes Arnold que te refiera todas las pruebas, todos los sufrimientos que dia por dia, y hora por hora he tenido que arrostrar hasta llegar á Italia y verme en la Scala (teatro de Milan) despues de haber pasado por todos los grados de mi profesion. Baste asegurarte que cuando ciñó mi frente la primera corona de gloria que á fuerza de desgracias supe conquistarme, ya mis sienes estaban heridas y ensangrentadas por las espinas de mil coronas de martirio, que me hubieran reunido en lo alto con mi santa madre; si Dios no hubiera querido sostener mi debilidad, y proteger mi inocencia; porque te lo juro Arnold, ni mi corazon ni mi conciencia han sido jamas empañados por un solo pensamiento extraño á la virtud.

Ahora bien amigo mio, comprende mi turbacion y sobresalto, al saber que ese hombre que ha dado este concierto, que se ha gozado en la desesperacion de tantas personas, y que hemos visto reir brutalmente ante las lágrimas de tantos, es el mismo que ha representado en el drama de mi vida un papel tan diabólico, causando todas mis desgracias! Es el infame viejo que me arrancó de la miseria para seducirme, arrojándome despues en ella con mayor crueldad! Es el único que con una sola palabra pudo aclarar mi inocencia, y que sin embargo me dejó sin proteccion, sin medio de defensa ante un tribunal que me llenaba de oprobio!..... Arnold, cuando este recuerdo de vergüenza y de dolor acomete mi espíritu, me despedaza, me mata! Yo ladrona! Por Dios Arnold, déjame, abandóname, ya lo ves, tú no puedes ser esposo de una mujer infamada, de una ladrona! »

Así terminó Catinka su triste narracion, á la cual siguió un

largo rato de silencio. El conde estaba tan conmovido que no acertaba á pronunciar una palabra, mientras que con ardientes lágrimas y apasionados besos estrechaba la preciosa mano de la cantatriz.

—Y que importan, prorumpió por fin, que importan ángel querido, las injusticias ya olvidadas de un mundo que no te conocía, y que ahora ves prosternado á tus piés y aletargado con tu voz celestial y tus talentos incomparables? Que importa que su corona de espinas haya martirizado tu frente, si ahora la ves ceñida para siempre con radiantes aureolas de gloria? Que importan las pasadas desgracias, cuando solo debes pensar en un porvenir de amor y felicidad al lado de tu amante?

Catinka dejó caer dulcemente su cabeza sobre el pecho de Arnold, y el corazón del conde recibió con palpitaciones de gozo un juramento de eterno amor, que no percibieron los oídos.

Algunos días despues, la cantatriz abandonó el teatro para siempre; y solo en los salones de palacio resonó otras veces la hermosa voz de la condesa de Arnold, á quien el rey llamaba cariñosamente «mi querida hija.»

Respecto al hombre feroz que se complació en sacar á Catinka de la miseria y que fué la causa primera de sus desgracias, otro día os referiré la serie de escándalos que sellaron su extraña vida, y que le siguieron hasta despues de su muerte.

LA GLORIA.

SONETO.

¿Qué voz secreta al corazón le grita,
Qué misterioso y mágico sonido,
Al vibrar melancólico en mi oído
Las alas ¡ay! de mi entusiasmo agita;?

¿Qué impulso movedor me precipita
De un faro en pos, á mi pesar mentido,
Que entre las sombras del ayer perdido
Tender los rayos de su luz evita?

No es la voz del amor; rápida huyera,
Como el murmullo del sonante río,
Como la hermosa flor de la pradera,

Noble ambición de gloria, yo te ansio,
Tú eres la fe de mi ilusión primera,
Tú eres la luz del pensamiento mio.

(REMITIDO. MÁLAGA).

J. B. SANDOVAL.

PICOTAZOS Y TRIBULACIONES.

Afuera, afuera, afuera,
aparta, aparta, aparta,
¡ay, Dios, y con qué soneto
se nos descuelga la Alhambra!

Allá va el primer renglon:

«*Lloras, Alfonso, y bañado en llanto*»

Pobre Alfonso! ¿Pues no ha de llorar si le han desmochado una sílaba?—¿Quisiera decirnos el Sr. G. V. quién es esa doña Aurora, que sorprende cuando se pone *Sol* y sale *Luna*? ¿Aurora Sanchez ó Aurora Jimenez?—Allá va otro rengloncito, y basta:

«*Alivio busca al mal que así te apena,*»

Alivio-nohay-paraeste-fiero-verso.

!!!Viva el rey Midaaas!!!

Y sucedió que nombraron un hombre candoroso que veía las caras y no los corazones; y en gran tribulacion lo pusieron.—Y el *amigo del erudito* gritaba, dando puñadas «yo me separo con mi *erudito amigo*»—y el hombre candoroso decía «¡oh *amigo del erudito*, oh *erudito amigo*! se nos viene la Alhambra encima!—y contestaba un *nuevo campeón* «la contendrémos, cada uno dará su trozo, yo daré el mio, salvarémos la Alhambra, la defenderémos contra tanto *Saltimbanco*!—cuando he aquí que la Tarántula empezó á morder; y ellos á cantar:

«JUREMOS POR ELLA VENCER Ó MORIR».

Se saca á pública subasta el inmenso porte de las *numerosísimas cartas de enhorabuena* que están recibiendo el *erudito amigo* y el *amigo del erudito* por la publicacion del cura de los Palacios: oh, esto, esto es *reputacion de nombres*! ¡*dignidad*! ¡*decoro*!

Los *Saltimbancos* de la Tarántula aseguran al *amigo del erudito*, al *erudito amigo*, y á los amigos del *amigo del erudito* que jamas han tramado contra un establecimiento que honra á Granada; que muy al contrario de alguno que cree por sí solo

honrar al establecimiento, los tales *Saltimbancos* se juzgan honrados por él, y no creen necesario para su honra ni para su marcha á ningun hombre particularmente, por mas valor que á sí mismo se atribuya. Por tanto cesen los gritos y las puñadas, ó tendrá que ver el bailecico de la Tarántula.

TEATRO.



eservándonos para otra ocasion el ofrecer á nuestros lectores un juicio crítico sobre las composiciones que se han representado en el de esta capital y su ejecucion, vamos ahora á tratar muy ligeramente de la ópera con que se ha estrenado la compañía lírica, deseosos de que nuestras palabras sean interpretadas como la opinion particular de unos cuantos, que por ningun estilo aspiran á influir en la de la mayoría.

Desde luego diremos con franqueza, que no creemos muy acertada la eleccion de la *Gemma* para presentarse por primera vez en esta escena una compañía, que, si bien cuenta en su lista nombres ya conocidos y justamente apreciados, tenia que arrostrar la primera impresion de un público (en paz sea dicho) muy susceptible y severo, bien porque haya visto cosas muy buenas, ó porque no haya visto ninguna. La *Gemma* es una ópera, segun los inteligentes, de un grande mérito artístico, de muy difícil ejecucion; y de ningun lucimiento ni prestigio para el pueblo, que deseoso de una impresion agradable, busca en la primera representacion ciertas melodías, que en esta ópera no seducen sino despues de oída muchas veces, pudiendo servir de ejemplo de esta verdad el placer que el público ha experimentado en su tercera representacion la noche del 5 del actual:

— Su ejecucion.

La Sra. Ridaura ha cantado la cavatina del primer acto con mucho gusto, acompañando á la dulzura de su voz y á la maestría de sus modulaciones una accion delicada y expresiva del entusiasmo con que recibe la nueva de la llegada de su esposo; pero donde ha brillado en toda la extension de sus facultades ha sido en la plegaria y rondó final, dando pruebas de sus conocimientos dramáticos al expresar el dolor y desesperacion de la mujer indignamente abandonada: en ambas situaciones fué justamente aplaudida, y no dudamos que lo será en adelante, ya en otras óperas, ya en esta misma, cuya difícil parte ha comprendido y desempeñado con tanta propiedad.

El Sr. Unanue, cuya reputacion era bastante conocida de este público por los periódicos de Madrid, Cádiz y Sevilla, ha desempeñado el papel de Tamas, arrancando á cada paso aplausos de entusiasmo: en su cavatina del primer acto y en el duo del tercero, ha admirado por la extension prodigiosa de su voz, por la valentía

y fuego de su accion; y por la propiedad y desembarazo con que une la parte dramática á las inflexiones de la canturía en su difícil papel. Felicitamos al Sr. Unanue; y deseamos que dedicándose al estudio de su arte y al cultivo de sus brillantes facultades, dé á su patria la gloria de poseer uno de los primeros tenores de Europa.

Sabemos que el Sr. Magnan hace muchos dias que se halla enfermo del pecho y mal de voz, por lo que no podemos imparcialmente juzgar del desempeño de su papel. Sin embargo ha cantado bien, y si no ha desarrollado toda la valentia de sus notas, por su situacion, tampoco puede criticársele la propiedad con que se ha mantenido en la escena.

La señorita de Valencia y el Sr. Calonge han gustado mucho en las partes, poco interesantes, que les han tocado: la primera dá muestras de lucir bastante en otro papel que ayude mas á lo agradable de su voz y buen gusto de su accion; y el segundo ha arrancado muy justos aplausos en su parte de la introduccion: esperamos oir á ambos, y no dudamos de que con muy buen resultado, en la Lucrecia, que muy pronto tendremos en escena, donde tienen papeles de mucho lucimiento y de difícil ejecucion.

Entre los coros, el de mas efecto y mejor desempeñado ha sido el que principia «*assassino*», único en la ópera capaz de entusiasmar al espectador; porque, lo repetimos, carece en general de aquellos pasos brillantes con que el mismo autor sabe en otras cautivar la atención del público.

Por lo demas no podemos menos de elogiar la laboriosidad de los directores, pues sabemos que con tres ensayos de orquesta se ha puesto en escena; como que ocho dias antes saltaban de esta ciudad algunas de las partes.

Estas son nuestras opiniones respecto de la ópera indicada y de su ejecucion; fáltanos decir las de la compañía en general.

Creemos que es buena; y que cuando apenas tres provincias de España tienen ópera en el dia, debemos darnos por satisfechos de poseer una que, si absolutamente no es la mejor, es mas que proporcionada para nuestro decadente teatro y para nuestro ya decaido bolsillo. Recordemos la temporada que acabamos de pasar, en la que por el mismo dinero íbamos al teatro á presenciar escándalos y escenas indignas de un pueblo culto; y sin meternos á averiguar quien guisa mejor los huevos, digamos con el de la fábula «gracias al que nos trajo las gallinas». No váyamos á imitar al que estaba en cueros metido en un tonel; y cuando por compasion le ofrecian una camisa, decia: «sí, pero que tenga vuelos de encaje;» porque cuatro reales de entrada no alcanzan para vuelos de encaje.

Los números sueltos de este periódico se venden en su imprenta á 2 rs.; por suscripcion vale 1 rl. cada número.

Granada: Imprenta de Benavides.